

ras calientes, las frias y las templadas, de que se componen las vastas regiones de Anáhuac. En las calientes es mas pródiga la naturaleza; en las frias y en las templadas mas benigna. En aquellas, los montes son mas fecundos de minerales y de fuentes; las llanuras mas amenas, mas frondosos los bosques. Allí se encuentran las plantas mas útiles á la vida (1); los árboles mas gruesos, las maderas mas preciosas, las flores mas bellas, las frutas mas esquisitas, las resinas mas aromáticas. Allí son mas variadas y mas numerosas las especies de los animales; sus individuos mas hermosos y corpulentos; las aves mas brillantes en su plumaje y mas suaves en su canto; pero todas estas ventajas están contrapesadas por otros tantos inconvenientes, pues en estos países están las fieras mas terribles, los reptiles mas ponsoñosos, los insectos mas perjudiciales. La tierra no sufre los síntomas funestos del invierno, ni el aire las enfadosas vicisitudes de las estaciones. En la tierra domina una perpetua primavera: en la atmósfera un verano continuo, al que se acostumbran fácilmente los habitantes; pero el incesante sudor de sus cuerpos, y la abundancia de frutos gustosos, que en todos tiempos les prodiga aquella tierra deliciosa, los esponen á muchas enfermedades desconocidas en otras regiones. Las tierras frias no son tan fecundas ni tan bellas; pero son mas sanas y sus animales ménos perniciosos al hombre. En los países templados (á lo ménos en muchos de ellos, como en los del valle mexicano), se gozan las ventajas de los países frios, sin sus incomodidades, y las delicias de los calientes sin sus molestias. Las enfermedades mas comunes de las tierras cálidas son las fiebres intermitentes, el espasmo, la tisis, y en el puerto de

(1) Es cierto que las tierras calientes no dan trigo, ni algunas frutas de Europa, como manzanas, albréchigos, peras y otras; pero ¿qué es la falta de estos pocos vegetales comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas fructíferas y medicinales que se hallan en aquellos países?

Veracruz, de pocos años á esta parte, el vómito negro (1). En otras partes, los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la capital la diarrea. Además de estas enfermedades ordinarias, suelen sentirse estraordinariamente ciertas epidemias, que parecen periódicas, aunque su periodo no es fijo ni regular, como las que se experimentaron en los años de 1545, 1756, y en otros tiempos en 1736 y 1762. La viruela llevada allí por los conquistadores españoles, no se ve en aquellos países tan frecuentemente como en Europa, sino de cierto en cierto número de años, y entonces ataca á todos los que ántes no la han tenido, haciendo de una vez los mismos estragos, que en Europa hace sucesivamente.

CARACTER DE LOS MEXICANOS Y DE LAS OTRAS NACIONES DE ANAHUAC.

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac ántes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo eran en el carácter. Los Mexicanos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los Acolhuis, los Tepanecas, los Tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educacion; de modo que lo que vamos á decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno solo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos, y la ignorancia y la falta de reflexion de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy á decir se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas, y en las mas atentas observaciones acerca de su actual con-

(1) Ulloa y otros historiadores de América no describen el espasmo ni el vómito negro. Esta enfermedad no era conocida allí ántes de 1725.

dicion, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor ó en contra de aquellas gentes. Ni las relaciones de compatriota me inducirian á lisonjearlos; ni el amor á la nacion á que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos: así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los Mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan mas bien por exceso, que por defecto, y sus miembros son de una justa proporcion; buena carnadura, frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa, y por lo comun poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nacion en la tierra en que sean mas raros que en la mexicana los individuos disformes. Es mas difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil Mexicanos, que entre cien individuos de otra nacion. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporcion de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas, y bastante lindas, dando mayor realce á su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la estrema vejez. Su complexion es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son las principales víctimas en las enfermedades epidémicas á que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan, y en ellos terminan. Jamas se exhala de la boca de un Mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupcion de los humo-

res, ó la indigestion de los alimentos. Son de temperamento flemático; pero poco expuestos á las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos mas tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan á la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es veheméntísima su aficion á los licores fuertes. En otros tiempos la severidad de las leyes les impedia abandonarse á esta propension; hoy la abundancia de licores, y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido á la mitad de la nacion. Esta es una de las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, además de la miseria, en que viven mas espuestos á las impresiones malélicas, y con ménos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes á las de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon mas desacertadamente su razon, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron á los Mexicanos, escede en gran manera al de los mismos españoles, cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones (1). Esta comparacion bastaria á destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostener-

[1] D. Bernardo Aldrete en su libro sobre *El Origen de la Lengua Española* quiere hacernos creer que los españoles eran mas cultos en la época de la llegada de los fenicios, que los Mexicanos en tiempo de la conquista; pero esta paradoja ha sido suficientemente rebatida por los doctísimos autores de la *Historia Literaria de España*. Es cierto que los españoles de aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los Chichimecas, los Californios y otros pueblos salvajes de América; pero tampoco tenían su gobierno tan bien arreglado, ni tan perfeccionadas sus artes, ni habian hecho, que sepamos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los Mexicanos al principio del siglo XVI.

la la inhumana codicia de algunos malvados (1). Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la esperiencia lo ha demostrado (2). Entre los pocos Mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nacion empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, escelentes arquitectos, y doctos teólogos,

Hay muchos que conceden á los Mexicanos una gran habilidad para la imitacion; pero les niegan la facultad de inventar: error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de aquella nacion.

Son, como todos los hombres, susceptibles de pasiones; pero estas no obran en ellos con el mismo ímpetu, ni con el mismo furor que en otros pueblos. No se ven comunmente en los Mexicanos aquellos arrebatos de cólera, ni aquel frenesí de amor, tan comunes en otros paises.

Son lentos en sus operaciones, y tienen una paciencia increíble en aquellos trabajos que exigen tiempo y prolijidad. Sufren con resignacion los males y las injurias, y son muy agradecidos á los beneficios que reciben, con tal que no tengan nada que temer de la mano bienhechora; pero algunos españoles, incapaces de distinguir la tolerancia de la indolencia, y la desconfianza de la ingratitude, dicen á modo de proverbio, que los indios no sienten las injurias, ni agradecen los beneficios (3). La desconfianza habi-

(1) Léanse las amargas quejas hechas sobre este asunto por el obispo Garcés en su carta al papa Paulo III, y por el obispo Las Casas en sus memoriales á los reyes católicos Carlos V y Felipe II, y sobre todo las leyes humanísimas espeditas por aquellos piadosos monarcas en favor de los indios.

(2) Citaré en las Disertaciones las opiniones de D. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de D. Juan Zumarraga, primer obispo de México, y de D. Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas prendas de los Mexicanos. El testimonio de estos prelatos, tan respetables por sus virtudes, su doctrina, y su conocimiento práctico de los indios, vale algo mas que el de cualquier historiador.

(3) La esperiencia me ha hecho conocer cuán

tual en que viven con respecto á todos los que no son de su nacion, los induce muchas veces á la mentira y á la perfidia; por lo cual la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimacion que merece.

Son tambien naturalmente serios, taciturnos y severos; mas inclinados á castigar los delitos, que á recompensar las buenas acciones.

La generosidad, y el desprendimiento de toda mira personal, son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones (1). Dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Esta indiferencia por los intereses pecuniarios, y el poco afecto con que miran á los que los gobiernan, los hace rehusarse á los trabajos á que los obligan (2), y hé aquí la exagerada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay en aquel pais gente que se afane mas, ni cuyas fatigas sean mas útiles y mas necesarias (3).

El respeto de los hijos á los padres, y el de los jóvenes á los ancianos, son innatos en aquella nacion. Los padres aman mucho á sus hijos; pero el amor de los maridos á las mugeres es menor que el de estas á aquellos. Es comun, si no ya general en los hombres, ser ménos aficionados á sus mugeres propias que á las ajenas.

El valor y la cobardía, en diversos sentidos, ocupan sucesivamente sus ánimos, de tal manera, que es difícil decidir cual de es-

reconocidos son los Mexicanos á los beneficios que se les hacen, con tal que estén seguros de la benevolencia y de la sinceridad del bienhechor. Su agradecimiento se ha manifestado muchas veces de un modo público y estrepitoso, que hace ver la falsedad de aquel proverbio.

(1) No hablamos de aquellos Mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun estos no lo son tanto como los que los inficionaron.

(2) Lo que decimos acerca de la pereza, no comprende á las naciones salvajes que habitan otros paises del Nuevo-Mundo.

(3) En las Disertaciones hablaré de las faenas en que se emplean los Mexicanos. El obispo Palafox decia que cuando lleguen á faltar indios, no habrá América para los españoles.

tas dos cualidades es la que en ellos predomina. Se avanza intrépidamente á los peligros que proceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia á la muerte y á la eternidad que algunos autores atribuyen generalmente á los americanos, conviene tan solo á los que por su rudeza y falta de instruccion, no tienen aun idea del juicio divino.

Su particular apego á las prácticas esternas de la religion, degenera fácilmente en supersticion, como sucede á todos los hombres ignorantes, en cualquier parte del mundo que hayan nacido; mas su pretendida propension á la idolatría, es una quimera formada en la desarreglada fantasía de algunos necios. El ejemplo de algunos habitantes de los montes no basta para infamar á una nacion entera (1).

[1] Los pocos ejemplos de idolatría que pueden presentarse, son en cierto modo excusables; pues no hay que estrañar que unos hombres toscos y destituidos de instruccion, confundan la idolatría de algunos simulacros groseros de piedra y madera, con el culto que se debe á las imágenes sagradas. Pero cuántas veces no se habrá dado, por efecto de una prevencion contraria á aquellas gentes, el nombre de ídolo, á la imagen mal ejecutada de algun santo!

Finalmente, en el carácter de los Mexicanos, como en el de cualquier otra nacion, hay elementos buenos y malos; mas estos podrian fácilmente corregirse con la educacion, como lo ha hecho ver la esperiencia (1). Difícil es hallar una juventud mas dócil á la instruccion que la de aquellos paises; ni se ha visto mayor sumision que la de sus antepasados á la luz del Evangelio.

Por lo demas, no puede negarse que los Mexicanos modernos se diferencian bajo muchos aspectos de los antiguos; como es indudable que los griegos modernos no se parecen á los que florecieron en tiempo de Platon y de Pericles. En los ánimos de los antiguos indios habia mas fuego, y hacian mas impresion las ideas de honor. Eran mas intrépidos, mas ágiles, mas industriosos y mas activos que los modernos; pero mucho mas supersticiosos y escesivamente crueles.

En el año de 1754 observé ciertas imágenes que se creian ídolos, y eran, en mi sentir, figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor.

[1] Para conocer cuánto puede la educacion en los Mexicanos, basta saber la admirable vida que llevan las Mexicanas del colegio de Guadalupe en la capital, en los conventos de capuchinas de aquella ciudad y de Valladolid de Michuacan.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
12do. 1625 MONTERREY, MEXICO